



El inglés de las moscas

Por Juan Saturain (Página 12)

Hoy (19 de septiembre de 2011) se cumplen cien años del nacimiento de William Golding, novelista inglés, uno de los más importantes –y sin duda que el más original– de los aparecidos en la inmediata segunda posguerra. “Un terremoto en el bosque petrificado de la novela inglesa” dijo Koestler de él. Seguro que allá, y en todo lugar donde quedan lectores despiertos, se lo celebra con todo. Y se lo merece. Como se mereció el Nobel que le dieron en el '83 –ya veterano–, después de dárselo a García Márquez y antes del ignoto (para nosotros) poeta checo Jaroslav Seifert. Pero aunque no hubiera sido así, seguiría siendo un maestro.

Porque William Golding es, por sobre todas las cosas, el autor de *El Señor de las moscas*, una novela extraordinaria. Acá la conocimos y leímos en 1962 publicada por Minotauro, la editorial de Francisco Porrúa, la misma que tradujo los primeros Bradbury, la misma que nos reveló *Soy leyenda* de Richard Matheson y otras bellas enormidades. Y al poco tiempo, para reforzar el efecto, llegó la notable película de Peter Brook –el de Marat-Sade y Moderato Cantábile– basada en el libro de Golding, en un blanco y negro ascético y perturbador, a tono con la propuesta de la novela.

La historia de esos chicos ingleses que, en tiempos de la guerra, sobrevivientes de una catástrofe aérea, terminan naufragos en una isla desierta en la que reconstruirán los avatares propios y más sombríos de toda sociedad humana, tiene el doble sostén e interés narrativo de ser, por un lado, un relato de aventuras y, a la vez y sin contradicción, de proponer una no siempre transparente alegoría. Como en Chesterton, la potencia de la literatura, de la prosa magnífica, se imponen a la pretensión acaso excesiva de las ideas en juego.

A ese Golding, nada de la tradición literaria inglesa le resultaba ajeno. Siempre, desde clásicos como *The Gulliver Travels* de Jonathan Swift y el *Robinson Crusoe* de Defoe, hasta *El admirable Crichton*, la comedia de Barrie, y las lúgubres alegorías de Huxley & Co, los escritores de las islas británicas no se han privado en ninguna época de incurrir en la insularidad y el aislamiento más o menos arbitrario o fantástico para hablar de otras o las mismas cosas. Golding fue el último eslabón brillante de esa cadena de ficciones reveladoras.

William Gerald Golding nació el 19 de septiembre de 1911 en St Columb Minor, Cornwall (en el extremo sudoeste de Inglaterra), y creció y se formó en Marlborough, donde su padre, Alec Golding –que se definía socialista y racionalista científico– era profesor de ciencias. A los dieciocho, el joven William fue precisamente a estudiar ciencias naturales en el Braneose College de Oxford, acaso para complacer el más o menos explícito deseo paterno; pero dos años después

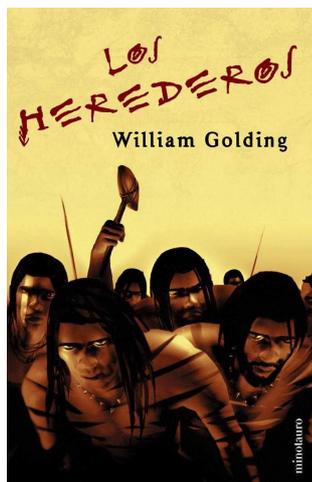
GRUPO A



Tertulias Literarias

se pasó a literatura inglesa. Ya escribía, y en 1934 se publica su primer libro, simplemente *Poems*, que posteriormente repudiaría. Después de trabajar en teatro como actor y productor, casarse y tener hijos, William se dedica largamente a la enseñanza hasta que en diciembre de 1940, durante la guerra y al filo de los treinta años, ingresa a la Marina. Golding comienza su carrera militar en el acorazado Galatea, en el Atlántico norte, y participa –como marinero– en la famosa persecución y destrucción del acorazado alemán Bismarck –de pibes leímos el libro, vimos la película con Kenneth Moore: ¡Hundan al Bismarck!–, pero poco después es trasladado a Liverpool para tareas de vigilancia terrestre. En 1943 pide volver al mar y forma parte del apoyo naval durante el desembarco de Normandía en el que estuvo, entre otros, el soldado yankee J. D. Salinger. Una vez finalizada la guerra y de vuelta del mar, experiencias que lo marcarían para siempre, vuelve a sus trabajos de profesor y a la familia. Y sigue un tiempo ahí.

Es decir que, al filo de los cuarenta años, no había arrancado aún el escritor. Es entonces que a comienzos de 1952 comienza a trabajar en una novela titulada *Strangers from Within* que después de ser rechazada por varios editores –19 (sic) dicen algunos–, es publicada en 1954 por Faber and Faber, la editorial donde famosamente tallaba y elegía T. S. Eliot, con el título de *Lord of the Flies*, la consabida *Señor de las moscas*. Y arrasó con todo: con los elogios de la crítica, con la consagración académica, con la popularidad inmediata y perdurable de un clásico moderno, que de eso se trata. Como en el caso de *The Catcher in the Rye*, casi contemporánea del otro lado del Atlántico, su novela ha sido lectura tácitamente obligatoria de generaciones de jóvenes, desde entonces a hoy.



En los años siguientes publica mucho y se consolida como el mejor narrador de su camada con obras poderosas, cerradas ficciones todas ellas con fuerte pretensión más o menos simbólica, con alusiones a fuentes clásicas, la mitología y el universo cristiano. Si en *Señor de las moscas* los protagonistas son un grupo de pibes que en una isla desierta se “descivilizan” y retrotraen a la barbarie, en *The Inheritors* (*Los herederos*, de 1955, que también leímos en Minotauro) la fábula se invierte y es una tribu de “neanderthales” la que sucumbe ante los violentos “homo sapiens” que fundarán la historia con el predominio de una racionalidad utilitaria y devastadora que llega hasta hoy. Si esas dos novelas iniciales muestran el devenir de sujetos colectivos con desenlaces desesperanzadores para la naturaleza humana, en *Pincher Martin* (*Martín el naufrago*, de 1956) es un solo hombre el que representa la lucha estéril de la inteligencia contra los enemigos naturales, y en *Free fall* (*Caida libre* o *Caida inexorable*, en la edición de Losada), de 1959, de raíz absolutamente camusiana –clarísimo paralelo con *La chute*–, Sammy Mountjoy es el individuo que cae del estado de gracia. En el fondo, como en Graham Greene, el planteo es siempre ético. Los temas recurrentes: la crueldad innata en el ser humano, los dilemas morales y las reacciones de los individuos sometidas a situaciones extremas. Sin embargo, en esa visión pesimista y a veces apocalíptica de Golding hay margen para algún tipo de salida. Se ha dicho: su tema no es la libertad humana en términos existenciales o racionalistas sino la liberación, la posibilidad recurrente del rescate o la redención.

A esas cuatro novelas de la segunda mitad de la década del cincuenta que le dieron prestigio y lectores consecuentes, seguirían sucesivas obras no menos contundentes durante dos décadas: en 1964 *La construcción de la torre* (*The Spire*) y en 1967 *La pirámide* (*The Pyramid*), editadas en castellano por Lumen; en 1971 los cuentos reunidos en *El dios escorpión* (*The Scorpion God*); en 1979 *La oscuridad visible* (*Darkness Visible*) y en 1982 la colección de ensayos *A Moving Target* (*Un blanco móvil*), obra previa a la obtención del Premio Nobel al año siguiente.

Precisamente, la Academia justificó así su veredicto, tras compararlo con Herman Melville: “*Las novelas e historias de William Golding no son sólo sombrías enseñanzas morales u oscuros mitos sobre el mal y las fuerzas de traición y destrucción. También son relatos llenos de aventuras y color que pueden ser disfrutados como tales, por su alegre narrativa, inventiva y emoción. Sus obras, con la perspicacia de la narrativa realista, y la diversidad y universalidad del mito, iluminan la condición humana del mundo actual*”.

William Golding siguió escribiendo, ganando premios, condecoraciones y lectores y dejando marca en la narrativa y el alma del siglo veinte hasta el final. Hay amigos míos que lo vieron, ya Caballero de la Reina y Premio Nobel, en la Feria

GRUPO A



de Guadalajara –un viejito indudablemente inglés, sentado solo, en un costado, olvidado por el tumulto– y le pidieron emocionados autógrafos.

Murió a los 81 años, el 19 de junio de 1993, en la misma Cornwall donde había nacido.

La condición humana: un experimento social en una isla perdida

Por Alfredo Cruz (Revista Nuestro Tiempo)

El Señor de las moscas puede ser entendida como una áspera y contundente respuesta a quienes todavía sospechen que es la sociedad la que corrompe al hombre.



El señor de las moscas (Peter Brook, 1963)

Un grupo de niños solos, sin ningún adulto, arrojados en una isla perdida a causa de un accidente aéreo, sirven de cobayas para el experimento humano que William Golding lleva a cabo al escribir la novela. Inicialmente, todo es armonía, cooperación entusiasta y gozosa camaradería. Las salpicaduras de “inocente” rudeza infantil no ensombrecen el panorama ni tienen mayor importancia –¡cosas de críos! diría cualquiera– mientras la herencia de civilización recibida sigue ejerciendo su autoridad y su efecto de contención en las mentes infantiles de los protagonistas.

Pero poco a poco se produce una inquietante metamorfosis. La simpática escena de unos críos jugando a ser mayores evoluciona inexorablemente hacia el paroxismo de la barbarie y la brutalidad. ¿Cómo es posible que los mismos niños que pedían tener reglas, muchas reglas, como los mayores, acaben gritando frenéticamente “¡Mata a la fiera, pártale el cráneo, córtale el cuello, derrama su sangre!”? Pero la verdadera e incómoda pregunta es esta otra: ¿por qué nos sorprende más lo segundo que lo primero? Esta evolución perturba y desazona al lector porque adivina hacia donde se dirige pero no acaba de ver cómo podría detenerse. Todo el proceso está gobernado por una dialéctica de alternativas superpuestas: vivir para la esperanza de ser rescatados, o hacer de la situación salvaje la norma del propio vivir; reproducir en miniatura el mundo familiar y protector que se añora, o entregarse al atractivo de la alegría salvaje, de la fuerza indómita y desafiante; vencer los miedos imaginarios y postular responsablemente que la Naturaleza es amiga, o sucumbir a la sugestión de estar bajo una amenaza monstruosa.

Y la balanza se inclina sin remedio hacia el segundo término de estos binomios. Cuanto más terreno gana el miedo, más sentido y valor adquiere la fuerza brutal del que sabe contestar a lo salvaje en su propia lengua. Desde su mismo ápice, cuando ya parece incontenible, la barbarie se derrumba de golpe ante una inesperada visión: una gorra, un revólver, una lancha, una metralleta. Todo se para. Caen los gritos... y las lanzas. Por fin, estamos en casa. ¿Es cierto que la civilización no le debe nada al temor?

Crítica de “El señor de las moscas” de William Golding

Por Manuel Pombo Arias (escritor y médico)

El Señor de las Moscas es una novela magistral, un clásico de la literatura, uno de esos libros a los que merece la pena volver. Trata de la naturaleza del ser humano de la forma más pesimista que cabe imaginarse.

Bajo su argumento, se delimitan unos personajes que deben afrontar una situación límite, que pone en evidencia que incluso los niños, cuando se ven obligados, pueden dar pruebas de lo que representa la capacidad de la especie humana para sobrevivir, pero sin que falte ese riesgo añadido, que tantas veces nos pierde a los hombres, que puede llevarnos incluso a arriesgarnos a regresar a las mismas cavernas por querer demostrar que somos mejores que los



otros y que, por lo tanto, nuestra forma de pensar debe prevalecer. Los niños, seres aparentemente inocentes (los hay que precisamente abusan de tal presunción y son perversos), comienzan a dar pronto pruebas de sus instintos, impulsos y de sus capacidades para salir adelante y constituir un mundo con sus inevitables líderes y vasallos. Al quedar desnudos ante la vida salvaje se hacen al medio que los rodea tomando de él aún aquello que puede destruirlos. Ese mundo de la infancia ejemplifica ya el prototipo de lo que pueden terminar siendo en la vida adulta: Ralph representa el orden y la civilización; Piggy la razón y cordura de la sociedad; Jack el deseo de poder y la maldad; Roger la crueldad y el sadismo en su mayor escala; Simon la bondad natural del hombre.

Lo más atractivo de *El Señor de las Moscas* es su profunda y minuciosa reflexión social, donde las buenas intenciones y las tensiones entre los niños, al principio suaves y llevaderas, se convierten en una lucha violenta y desgarradora entre dos bandos (la eterna guerra entre el bien y el mal), con consecuencias increíblemente arrolladoras. Si desaparece el orden, si dejan de cumplirse las leyes, surge el caos, la destrucción y la muerte. Una sociedad sin leyes no funcionaría, no puede existir la libertad absoluta sin dañar la libertad del otro, no se puede vivir en un mundo sin responsabilidades y en el que la fuerza por la fuerza solo puede conducir a terminar perdiendo algo.



El señor de las moscas (Harry Hook, 1990)

La condición metafórica del libro deja en evidencia la idiosincrasia del ser humano de una forma dura, cruel y tajante. Leer *El señor de las moscas* es enfrentarse al horror de ese otro yo, tan inocente como un niño jugando a ser cazador, que habita dormido en cada uno de nosotros y que un día, ante cualquier adversidad o al sentir amenazada su propia existencia, puede despertar surgiendo de los rincones más oscuros del alma humana.

Esta novela, a pesar de lo despiadado de su historia, esconde un derroche de imaginación y originalidad, una placentera culminación de la inspiración, plagada de detalles curiosos en lo estético y en lo narrativo (aunque en ocasiones la minuciosa descripción del entorno nos llegue a resultar aburrida), con un estilo frío y elegante, y unos personajes alegóricos y memorables, que sufren una evolución apabullante.

Su carácter antibelicista le ha convertido en un libro de referencia en la literatura anglosajona hasta el punto de que es lectura obligada en muchos colegios de Gran Bretaña. También ha visto adaptaciones al cine en 1963 y 1990. La novela tiene una marcada influencia de *La Isla de Coral* (1857) de [Robert Michael Ballantyne](#). Golding resalta esa influencia al llamar a sus dos protagonistas igual que dos de los personajes principales de la novela de Ballantyne, Ralph y Jack.

El Señor de las Moscas debería figurar en el top 10 de cualquier persona que aprecie la lectura.

Estilo literario y temática en William Golding

En sus novelas más reconocidas cultiva un estilo de ficción alegórica en el que alude frecuentemente a la literatura clásica, la mitología y el simbolismo cristiano. Sus obras no siguen una línea argumental única y la técnica de composición varía, pero en todas destaca la violencia inherente al ser humano y la respuesta sensata y cívica contra la barbarie y la guerra, mostrando las ambigüedades y fragilidades de la civilización occidental.

La mayor parte de sus textos exploran los dilemas morales y las reacciones de las personas cuando son sometidas a situaciones extremas, así como sobre la crueldad innata en el ser humano. Si en *El señor de las moscas* los protagonistas son un grupo de niños en una isla desierta, en *The Inheritors* (*Los herederos*, 1955) es una tribu de



Tertulias Literarias

Neanderthales enfrentados a los violentos Homo sapiens y en *Pincher Martin* (Martín el naufrago, 1956) es un solo hombre el que representa la lucha de la inteligencia contra los enemigos naturales del hombre.

Los críticos coinciden en señalar la gran originalidad de Golding como novelista. Se atreve a experimentar con sus personajes temas polémicos y fundamentales de una forma indirecta, con símbolos del bien, del mal, de la moral, del orden y de la destrucción evidentes pero raramente clarificados. En este sentido se aparta de la literatura contemporánea al enfrentar al lector a sus propias debilidades y miedos, al salvaje que subyace bajo la fachada del comportamiento civilizado y que se destapa con violencia cuando las circunstancias extremas lo requieren.

Los cinco años que pasó en la Royal Navy durante la guerra le causaron un enorme impacto, exponiéndole a la increíble barbaridad y crueldad de la que es capaz la humanidad. Rechazando el optimismo racionalista de su padre acerca del desarrollo humano, se convenció a sí mismo de la maldad intrínseca al ser humano:

«Cualquiera de mis contemporáneos que no entienda que el hombre produce maldad, como una abeja produce miel, que debe estar ciego o mal de la cabeza.»



El argumento general de sus principales novelas es esquemático, sazonado como un relato de aventuras, pero en el sustrato de su obra se oculta el patrón universal del mito del mal. En sus obras se desmarca de la utopía racional de H.G. Wells y de los que piensan que el origen del mal se encuentra en las estructuras y sistemas políticos.

La violencia brota de las profundidades del hombre y es siempre la creadora de los modelos sociales destructores, como el nazismo. El ansia de poder y de autoafirmación es el que causa en los personajes de Golding la caída al estado de barbarie. Por eso la fuente de la violencia social es, para el autor, la propia naturaleza humana y las elecciones que hagan los hombres con su libertad.

Personajes

La maldad suele buscar en sus novelas un chivo expiatorio sobre el cual hacer recaer las culpas de la humanidad. Puede ser imaginario, como el monstruo de *El señor de las moscas*, pero finalmente se encarna el papel de chivo expiatorio en una persona, bien sea un niño, como Simon de *El señor de las moscas* (1954) o el reverendo que muere de vergüenza en *Rites of passage* (1980). Frente a esta barbarie, destaca la figura de la sensatez, que intenta mantener la racionalidad, aunque frecuentemente sea débil en su defensa, como Piggy en *El señor de las moscas*.

Pesimismo

A pesar de su reputación de pesimista acerca de la naturaleza humana, tiene fe en la victoria final del bien en la historia: *«Creo que el bien vencerá finalmente al mal. No sé cómo, pero tengo fe en su victoria. (...) No soy ni un teólogo ni un filósofo, sólo un narrador de historias. (...) Básicamente soy un optimista. Intelectualmente puedo ver que el equilibrio del hombre se encuentra 50%-50%, y sus posibilidades de estallar son de una a una. No puedo contemplar esto más que intelectualmente. Simplemente soy incapaz de creer que esto pase. Esto significa que soy por naturaleza un optimista y por convicción intelectual un pesimista, supongo.»*

Trasfondo religioso

Su concepción del mundo tiene un trasfondo cristiano, pero difícilmente en el sentido ordinario. El autor cree en un cierto tipo de "caída" del hombre, como el mito bíblico de la expulsión del paraíso, desde un estado de primitiva inocencia, como se observa especialmente en *The Inheritors* (1955), a un estado de barbarie. Pero si bien las tendencias al altruismo y a la destrucción son innatas e inseparables en el ser humano, la elección por la violencia supone una negación de la auténtica y bondadosa naturaleza del hombre, como la rebelión de Adán y Eva conllevan una pérdida del favor de Dios.



No todo es maldad en la humanidad y no todo es negro en la imaginación de Golding. La inocencia no está nunca enteramente perdida y siempre hay salida frente a la violencia, a través del esfuerzo personal por ejercer la propia libertad con sentido común. Frente a la habilidad para matar del hombre se sitúan los ideales, creencias y la fe en el bien, compartidos por seres humanos de todas las religiones y de todas las épocas.

Como curiosidad podemos decir que William Golding fue uno de los mayores defensores de la existencia del Monstruo del lago Ness y escribió numerosos artículos sobre la supuesta criatura en la revista Popular Science.

'El señor de las moscas': el galardón literario de la Academia Sueca

Por Rafael Conte (El País, 7 de octubre de 1983)

Publicar la primera novela a los 43 años no es precisamente un buen récord. Y eso fue lo que le sucedió a William Golding, que había paseado infructuosamente por diversos editores el manuscrito de *Lord of the Flies* -*El señor de las moscas*, Sin embargo, cuando el libro apareció por fin en 1954, el éxito fue instantáneo, aunque más de crítica que de público. Eran los años en los que el Reino Unido conocía los primeros coletazos de lo que después sería conocido como grupo de los jóvenes airados, junto a los que en un principio se intentó colocar la figura del nuevo narrador. Sin embargo, aunque la profunda rebelión de la literatura de Golding no cede en nada a la de aquellos rebeldes sociales que mostraban su descontento en aquellos años en los que se deshacía el Imperio, su estirpe literaria y sus maneras de hacer poco tenían que ver. Mientras dramaturgos como Osborne o Wesker, o narradores como Sillitoe se apoyaban en lo social, William Golding penetraba en sus libros, como un moralista o un filósofo, en los recovecos morales de la condición humana.



El señor de las moscas fue el primer eslabón de una cadena que todavía prosigue lenta e inexorable, construyendo una obra implacable. Golding traspasaba la fábula para llegar al mito. Pero, al final, sus mitos no resultan demasiado optimistas y ni siquiera satisfactorios.

En ésta su primera novela, un grupo de niños naufraga en una isla desierta. La inocencia de los niños parece acordarse con la naturaleza lujuriosa y feliz; son niños británicos, civilizados, perfectamente educados, que tratan en principio de organizarse según las ideas de bondad, perfección y justicia que han recibido.

Pero pronto irrumpe el mal en aquel paraíso natural de inocencia, un mal lentamente insinuado, que surge del interior mismo de los niños, del miedo o de la ambición, de la envidia o de la fuerza. Un mal que progresivamente destroza aquella comunidad de inocentes para convertirla en una horda de salvajes.

Éste es el tema de Golding, el moralista pesimista, el racionalista bastante desesperado: el de la búsqueda y persecución del mal, que se integra al lado del bien en esa moneda que es la persona humana, donde el haz siempre necesita de un envés.

Fontes:

[El País \(7 outubro 1983\)](#)

[Manuel Pombo Arias \(Web persoal\)](#)

[Documentación sobre a obra - extractos \(Biblioteca Municipal de Huelva\)](#)

[Página 12 \(19 setembro 2011\)](#)

[Revista Nuestro Tiempo \(nº 661 marzo-abril 2010\)](#)

[Arquivo documental das Tertulias Literarias \(desde 2010\)](#)

Para saber máis:

[La Vanguardia \(19 setembro 2011\)](#)

[Unidade didáctica sobre a película, dirixida a alumnado de 3º ESO \(Paz con Dignidad\)](#)

Biblioteca Central Rialeda

Avenida Rosalía de Castro 227 A

15172 – Perillo (Oleiros)

Tfno.: 981 639 511

Fax: 981 639 996

Email: biblioteca.rialeda@oleiros.org

Blog: <http://bibliotecasoleiros.blogspot.com/>